

entre María Teresa y el joven elector Maximiliano José de Baviera en 22 de abril de 1745 en Fuessen, por cuyo convenio le fueron restituidos sus Estados hereditarios y él renunció á todas sus pretensiones sobre la monarquía austriaca y se obligó á dar su voto á favor del duque de Lorena para el trono imperial de Alemania, y á ceder sus tropas á las potencias marítimas á cambio de subsidios.

Estos y otros fueron los *buenos servicios* y esperanzas de paz con que el sucesor de Carteret, lord Harrington, entretuvo al rey Federico II desde su entrada en el gobierno, en el cual todo lo que hacia y lo que dejaba hacer solo respiraba guerra y odio á la Prusia. El convenio de paz entre el Austria y la Baviera fué para Federico II un golpe tan inesperado como funesto, porque destruyó súbitamente toda su política alemana y le arrebató el único aliado que tenia en Alemania y que con la Francia le protegía por el flanco. El ministro prusiano, conde de Podewils, quedó desalentado, mientras el rey, ignorando los trabajos de zapa del ministerio inglés, se consolaba con la esperanza falaz de un éxito favorable de las negociaciones que con él tenia pendientes, aunque sin disimularse si esta esperanza salía fallida, todo lo crítico de su situación. Por eso escribió en 27 de abril de 1745 desde su cuartel general de Pomsdorf á su ministro: «Si todo se declara contra mí, prefiero sucumbir con honra á vivir sin prestigio ni gloria. Tuve el orgullo de querer contribuir mas que ninguno de mis predecesores á la grandeza de mi casa; he hecho un papel distinguido entre las testas coronadas de Europa, y estoy resuelto á cumplir con todos los compromisos que este papel me impone, aunque me haya de costar mi felicidad y la vida. Mi resolución es irrevocable, y todo cuanto V. hiciera para apartarme de ella, será inútil. ¿Cuál es el comandante de buque, que despues de haber hecho todo lo posible para librarse de los enemigos que le rodean, cuando renuncia á toda esperanza de salvacion, no tiene valor suficiente para poner fuego á la Santa Bárbara y burlar las esperanzas del enemigo? Tenga V. presente á María Teresa, que con ser mujer, no desesperó de su estrella cuando el enemigo se cebaba en sus provincias mas florecientes y se hallaba á las puertas de su capital. ¿Cómo! ¿V. no tendria tanto valor como esa mujer, no habiendo nosotros perdido ninguna batalla ni sufrido siquiera el menor descalabro, mientras un golpe feliz nos puede elevar mas de lo que nunca hemos estado?»

Desde la desercion del elector de Baviera no quedó á Federico mas aliado que el rey de Francia, pero si este en la nueva campaña procedía como en la última, de nada serviría su alianza mas que de otro desengaño y quizá de una desgracia incurable.

Despues de 17 meses de gobierno personal del rey Luis XV, es decir, despues de este período de anarquía completa en el departamento de negocios extranjeros de Francia, habia vuelto á recibir este país en 18 de noviembre de 1744 un ministro para este ramo en la persona del marqués de Argenson, hermano mayor del conde del mismo nombre y ministro de la guerra. Era el mismo personaje que ya conocemos del club del Entresuelo, hombre de talento, de criterio propio y pensador profundo, que segun nos dice en sus memorias habia formado un plan bien meditado que consistía en una política defensiva pero enérgica en todas las fronteras, conservando todo lo adquirido hasta entonces; á saber: en Italia, la Saboya y Niza; en Alemania Friburgo y el Breisgau, y en Flandes las plazas de Menin, Ypern, Courtrai y Furnes, y renunciando á toda empresa ofensiva aventurada é inútil, hasta lograr en tan imponente actitud una paz ventajosa para la Francia y sus aliados la España, el emperador de Alemania y el rey de Prusia; ó para continuar la guerra sobre una base sólida en caso de verse impelido á ella.

Este plan prudente no fué sin embargo del gusto del rey Luis XV el cual insistió en que ante todo se continuara la guerra de conquista en Flandes. La consiguiente acumulacion de las fuerzas francesas en este país y la suspension de las operaciones ofensivas en Alemania dejaron al joven elector de Baviera en una situacion tan desesperada que hizo su paz con María Teresa, y así quedó el rey de Prusia completamente abandonado á sus propios recursos en frente de las fuerzas combinadas austriacas y sajonas en Silesia; todo porque Luis XV tuvo el capricho de hacer una campaña gloriosa, como efectivamente la hizo.

Nombró para el mando en jefe de las fuerzas francesas en Flandes al mariscal de Francia Mauricio de Sajonia, que aunque gravemente enfermo de hidropesia partió inmediatamente para el teatro de la guerra. Voltaire, que le vió momentos antes de marchar, no pudo menos de preguntarle al verle tan enfermo, cómo en semejante estado podía pensar en marchar, á lo cual le contestó el mariscal: «No se trata ahora de vida, sino de marcha.» El 15 de abril de 1745 llegó á Valenciennes, donde en medio de los preparativos mas enérgicos para la inmediata campaña, se mandó hacer la operacion en la madrugada del 18, y á las pocas horas volvió á trabajar con los generales como si nada hubiese sucedido. Al dia siguiente ya estaba en Maubeuge reuniendo el grueso de su ejército para hacer creer al enemigo que atacaria desde allí la línea del Mosa y Charleroi, mientras efectuó la reunion verdadera de sus fuerzas distribuidas á la derecha é izquierda del Escalda, cerca de Tournai, para despues de echar varios puentes sobre el rio, abrir las trincheras contra este baluarte de la Flandes en la noche del 30 de abril. Componíase su ejército de 80,000 hombres poco mas ó menos, y el de los aliados reunido cerca de Bruselas de unos 50,000 á las órdenes del duque de Cumberland y compuesto por mitad de tropas inglesas y hanoverianas, y de mercenarias al sueldo de Holanda, mandadas por el príncipe de Waldek, además de dos compañías de francos y ocho escuadrones de húsares y dragones austriacos, que eran el resto del ejército que el duque de Aremberg habia conducido en 1743 á Alemania. El general en jefe tenia á su lado al general Ligonier, hijo de un francés emigrado en Inglaterra, y al feldmariscal austriaco conde de Koenigsegg.

El ejército aliado, al saber que el enemigo habia principiado el sitio de Tournai, se puso en marcha, llegó á Hal á orillas del Senne el 30 de abril, y se dirigió desde Soignies hácia el Oeste en línea recta contra el enemigo para obligarle á levantar el sitio empezado, por temor de que la guarnicion holandesa entregara la plaza, conforme dice Koenigsegg en su descripción de la accion del 11 de mayo de 1745 (1): «Confieso, escribe este general en el citado documento, que á no haber tenido presente la manera desastrosa con que los holandeses habian defendido el año anterior sus fortalezas, que hacia temer idéntica suerte por la plaza de Tournai, habria quizás preferido retardar el ataque al ejército enemigo hasta que se hubiesen enfriado un poco sus bríos delante de una plaza tan fuerte; pero el temor citado nos obligó á obrar sin dilacion.»

Esta consideracion hizo apresurar la marcha á los aliados, que llegaron el 9 de mayo á Maubray, distante dos horas de Tournai. Allí establecieron su campamento en frente de la línea Antoin-Fontenai-Barry, detrás de la cual se hallaba apostado el enemigo, cuyas fuerzas formaban una barrera transversal en la llanura que el ejército aliado tenia precisamente que atravesar para ir á Tournai.

El mariscal Mauricio de Sajonia habia elegido su posicion

(1) Véase ARNETH, María Teresa, tomo 3, pág. 415.

con mucho tacto, y la habia fortificado bien. El ala derecha de su ejército se apoyaba sobre el Escalda, sirviéndole allí el castillo de Antoin de bastion, y á mayor abundamiento habia hecho situar en la otra orilla seis cañones de á 16. A la izquierda en la misma línea hallábase á distancia de unos 900 metros la aldea de Fontenai, cuyas casas habia mandado quemar, menos la iglesia y el cementerio que fueron fortificados y provistos de varias piezas de artillería. El espacio entre la aldea y el castillo junto al rio estaba defendido por fuertes reductos. En el triángulo formado por las aldeas de Fontenai, Barry y Ramecroix estaba el bosque espeso llamado de Barry, defendido por reductos y baterías; por manera que todo formaba un campamento tan fortificado, que parecia inexpugnable y hacia casi imposible todo ataque. En el peor caso quedaba franca la retirada por el puente del Escalda cerca de Calonne, defendido por fortificaciones y artillería. Allí estaba á espaldas del ala derecha el rey de Francia con su hijo el Delfín, cuando se rompió el fuego por la mañana del dia 11 de mayo.

Hácia las 6 se habian puesto en movimiento los aliados; los ingleses y hanoverianos á la derecha, y los holandeses á la izquierda. Los franceses los recibieron con un fuego horroroso de artillería, «pero á pesar de esto, dice el general Koenigsegg en su relacion, adelantaba nuestra gente con marcial porte y ánimo tan sereno, que podíamos contar con ganar la victoria. No obstante los diversos y anchos barrancos que cortan la llanura, llegaron ambas alas de nuestro ejército hasta 200 pasos de distancia de la aldea de Fontenai, situada en frente de nuestro centro. Convenia tomar el cementerio y otras fortificaciones de la aldea, por cuya razon supliqué al duque de Cumberland y al príncipe de Waldek que atacasen cada uno con su ala simultáneamente este punto. En seguida, mandó el primero adelantarse un batallon de sus montañeses de Escocia, que auxiliados por otros dos batallones ingleses atacaron con el ánimo mas sereno del mundo. El príncipe hizo adelantar tambien por su parte algunos batallones holandeses; pero estos al recibir el fuego de mosquetería que salía de la aldea volvieron la espalda, de modo que el enemigo pudo dirigir todo su fuego contra los ingleses que por sí solos no podian tomar la aldea.»

En tan crítica situacion tomó el duque de Cumberland la resolucion temeraria de penetrar solo con sus ingleses y hanoverianos entre el reducto del bosque de Barry y la aldea de Fontenai para atacar el centro del ejército francés.

Lo que siguió ha quedado ya grabado para siempre en la memoria de los franceses. Voltaire ha descrito esta jornada en su «Siglo de Luis XV,» valiéndose de una relacion escrita por el mismo marqués de Argenson en el sitio y dia de la batalla; y como la descripción de Voltaire viene á ser, á pesar de su patriotismo francés, una verdadera loa de los enemigos, bien podemos admitirla como perfectamente verídica. Además, posteriormente, entre los años 1745 y 1750 fué en persona á estudiar con mucha detencion toda la localidad, lo cual explica la gran exactitud de las distancias que da. Para los franceses estaba perdida la jornada cuando á última hora se trasformó su derrota en victoria.

Voltaire dice: «El terreno delante del enemigo formaba una subida escarpada; las tropas tenian que atravesar una hondonada profunda y aguantar todo el fuego de Fontenai y del reducto del bosque. Era una empresa desesperada; pero no quedaba mas alternativa que renunciar al ataque ó romper la línea fortificada. Los ingleses y hanoverianos se adelantaron con su duque á paso firme sin aflojar sus filas, arrastrando tras sí sus cañones por algunas veredas. Formados en tres cuerpos cerrados, largos y angostos de cuatro en fondo, fueron avanzando por un terreno de unos 800 metros

de anchura bajo el fuego mortífero de las baterías francesas, que tendian á cada lado filas enteras en tierra, pero los que caian eran reemplazados al momento por otros y los cañones que arrastraban consigo respondian al fuego de Fontenai y de los terraplenes. De esta manera avanzaron gallardamente llevando 6 cañones delante y otros 6 en medio.»

Detrás de la eminencia que tuvieron que subir les estaba aguardando la infantería enemiga, á saber: 4 batallones de la guardia formando el centro, 2 batallones de suizos á la izquierda y el regimiento de Courten á la derecha, con otros dos regimientos á poca distancia. El fuego granado de los ingleses y hanoverianos sembró la muerte en las filas francesas, que recibieron tres descargas seguidas antes de hacer ellas la primera. Una sola descarga tendió en tierra muertos ó heridos, de la guardia 19 oficiales y 381 soldados y de los suizos 11 oficiales y 209 soldados; del regimiento de Courten cayeron muertos el coronel de este nombre, el teniente coronel, 4 oficiales y 75 soldados, y heridos gravemente 14 oficiales y 200 soldados. Los que quedaron huyeron á la desbandada. Los ingleses y hanoverianos habian dejado atrás y se hallaban fuera del alcance de los cañones de Fontenai y de los baluartes. El fuego por los flancos y las condiciones topográficas del terreno les habian hecho formar una sola columna prolongada y espesa; «una masa sólida é inquebrantable mas por su valor que por su formacion densa» que adelantaba como una batería ambulante vomitando fuego y destruyendo todo lo que se oponia á su paso; los regimientos de Aubeterre y el del rey que acudieron sucesivamente á su encuentro fueron rechazados como los demás con pérdidas espantosas. Igual suerte cupo á la caballería que avanzó despues de recibir la orden del mariscal Mauricio, y lo mismo sucedió á cuatro escuadrones de gendarmes que acudieron á todo escape de Douai. Nada conmovió á la columna enemiga que «formando filas estrechas iba pasando sobre muertos y heridos amigos y enemigos, como un solo cuerpo compuesto de 14,000 individuos.» En el ejército francés reinaba la confusion espantosa precursora de las grandes derrotas. Regimientos y escuadrones sueltos se arrojaron con valor heroico y por cuenta propia sobre los ingleses; pero solo para prodigar inútilmente y sin esperanza alguna la sangre de sus valientes; no habia ya ni orden, ni unidad ni direccion. El mariscal enfermo hizo esfuerzos sobrehumanos, y tan pronto á caballo como en carruaje se le veia en medio del fuego mas mortífero y donde la pelea era mas sangrienta. Como soldado portóse como un héroe hasta el fin, pero como general habia perdido, cuando no la cabeza, la brújula y el golpe de vista general, lo que para el resultado de la batalla venia á ser lo mismo. Mandó decir al rey, que con el Delfín estaba expuesto á ser arrastrado por las masas de los fugitivos, que se salvara corriendo al otro lado del Escalda, que él haria todo lo posible para restablecer el orden; á lo cual contestó el rey, segun se dijo: «Ya sé que hará lo que conviene, pero yo me quedo aquí donde estoy.»

El mariscal daba la jornada por perdida, y ya no pensaba en la victoria sino en la retirada, habiendo dado orden de evacuar á Fontenai y Antoin, cuando entre los que rodeaban al rey se formó un consejo tumultuoso de guerra para concertar un último esfuerzo salvador.

Cuanto que en estos momentos críticos ocurrió al duque de Richelieu el recurso de que debiera haberse echado mano desde un principio, á saber: el de emplear la artillería contra la columna que invencible resistía á los mosquetes, á las bayonetas y á los sables. Dejaremos hablar aquí otra vez á Voltaire: «En este momento llegó el teniente general duque de Richelieu que venia de hacer un reconocimiento de la columna cerca de Fontenai y de todo el campo de batalla